

Los mismos guardias detuvieron á otros dos individuos como cómplices de la estafa.

De la peletería "Los Filósofos" situada en Neptuno número 85, estaba un individuo blanco, que no fué detenido, cuatro pares de zapatos, pretextando llevarlos para su familia.

Lo acompañó uno de los dependientes del establecimiento, al que dejó esperando al pie de una de las escaleras del mercado de Taóón mientras subía á su casa.

Aún está el dependiente esperando al estafador, ó por lo menos los zapatos.

Esperar es.

Quemaduras

El doctor don Avelino Barrena participó al celador del barrio de Pueblo Nuevo estar asistiendo al menor blanco Eliseo Valdés y Zúñiga, de cuatro años de edad, de varias quemaduras graves que sufrió casualmente, al volcarse encima un jarro de agua hirviendo.

Está obscuro y huele á...

En la Estación sanitaria fué asistida la meretriz blanca Emilia Jacoboñez, dueña de la casa *non sancta*, de Obrapía núm. 108, de varias contusiones, que según manifestó, le habían sido infundidas por su marido. El acusado dijo que lo había hecho porque sabía que le era *infiel su esposa*, negándose á abandonar la casa que contra su voluntad tiene á su cargo, habiéndole además quitado 55 centenos, una sortija con brillantes, un anillo de corbata y una leontina de oro, todo lo que también se negaba á devolverle, haciéndole presente que el dinero lo tiene depositado á nombre de ella en el Banco de Comercio.

Detenidos.

El celador del barrio de San Nicolás detuvo á dos individuos blancos, reclamados por el juzgado de instrucción de Jesús María, por haber tomado parte en la reyerta de dos carretoneros, el día 28, de cuyo hecho hemos dado cuenta.

Acusación de hurto.

Al celador del barrio de Santa Teresa se le presentó D.ª Cristina Alvarez de que de una maleta le habían hurtado 20 pesos plata, que tenía en una cartera chica, cuya acusación no ha podido justificar.

Circulados.

Los celadores de los barrios del Angel, Cristo y segundo de San Lázaro detuvieron á tres circulados.

Sección literaria

EL TURCO DE LA "COMMUNE"

Era tambor de tiradores indígenas, se llamaba Kadur, procedía de la tribu de Gendel, y formaba parte de aquel puñado de turcos llegados á París con el ejército de Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla como una ave empujada por la tempestad, con sus banquetas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe); tan vivo, tan inquieto, que las balas no sabían cómo entrar en su cuerpo. Pero cuando llegó el invierno, aquel bronce africano tan probado por el fuego de la metralla, no pudo soportar las largas noches de guardia y la inmovilidad sobre la nieve; así es que una mañana de enero fué recogido á orillas del Marne, helados los pies y contraído por el frío. Por esto se vio precisado á permanecer largo tiempo en la ambulancia, y allí fué donde le ví por primera vez.

Triste y paciente como un perro enfermo, miraba á su alrededor con sus grandes y dulces ojos, y cuando le hablaban se sonreía enseñando sus blancos dientes.

Eso es cuanto podía hacer, porque nuestra lengua le era desconocida, y apenas si hababa el *sabir*, ese dialecto argelino compuesto de provenzal, italiano y árabe, construido con palabras de varios géneros, rebuscadas acá y allá como las conchas á lo largo de las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía para distraerse más que su *derbuka*. A veces, en los momentos en que se entristecía mucho, se lo llevaban al lecho, permitiéndole que tocara, pero no fuerte, para no molestar á los otros enfermos. Entonces, aquella pobre cara negra, tan escuálida y sin expresión en medio de la pálida luz y del triste paisaje de invierno que se adivinaba tras la ventana, se animaba y hacía toda clase de gestos, siguiendo los movimientos del ritmo. Unas veces marchaba al toque de carga, y la sonrisa que enseñaba

sus blancos dientes se trocaba en una risa feroz; otras, tocando una serenata musulmana, las lágrimas humedecían sus ojos, se le dilataban las ventanas de la nariz, y á pesar de los olores molestos de la ambulancia, de sus frascos y compresas, parecía estar viendo los bosques de Bidj, cargados de naranjos, y á las jóvenes moras saliendo del baño con ramos de ciprés y perfumadas de verbena.

De este modo transcurrieron dos meses. ¡Cuántas cosas había hecho París en aquellos dos meses! Pero Kadur las ignoraba por completo. Había oído pasar bajo sus ventanas al ejército cuando volvía cansado y desarmado; más tarde, al ruido de cañones que llevaban de una á otra parte desde la mañana á la noche, y después el repique de los martillos de los trabajadores y el estampido del cañón. De todo lo cual, lo único que comprendía era que la guerra continuaba, y que cuanto antes iría á batirse, puesto que sus piernas estaban ya curadas. Dió ronle de alta, y hélo con su tambor á la espalda en busca de su compañía. No buscó por mucho tiempo, pues algunos federados que pasaban le condujeron ante el comandante general. Tras de un largo interrogatorio, y visto que no se podía sacar de él más que las palabras *como benef, macase bono*, el general acabó por darle diez francos y el caballo de un ómnibus, y lo agregó á su Estado Mayor.

Había un poco de todo en aquel Estado Mayor de la *Commune*: chales rojos, mantas polacas, coletes á la húngara, casacas de marino y oro, terciopelo y similor á montones; así es que con su traje azul galoneado de amarillo, su turbante y su *derbuka*, el turco vino á completar la mascarada.

Muy contento en tan buena compañía, embriagado por el sol, los cañones, el rodar de los carros y por aquella confusión de armas y uniformes, y convencido por otra parte de que continuaba la guerra contra la Prusia de un modo más animado y libre, aquel desertor inconsciente del ejército francés se mezclaba ingenuamente en aquella bacanal parisina y llegó á ser una celebridad del momento. Por donde quiera que pasaba festejabanlo y era aclamado. Tan orgullosa de poseerlo estaba la *Commune*, que lo mostraba y exhibía por todas partes. Veinte veces al día lo mandaba el comandante general al ministerio de la Guerra, y desde éste al palacio municipal.

Como tanto se había dicho y repetido que los marineros de la *Commune* eran falsos marineros, como también lo eran los artilleros, aquél al menos era un verdadero turco, bastando para convencerse de ello el mirar aquel hocico de mono joven y la salvaje postura de aquel cuerpecillo que se agitaba sobre su enorme caballo.

Pero faltaba algo á la felicidad de Kadur, pues hubiera querido batirse y hacer detonar la pólvora. Degraciadamente, bajo la *Commune* como bajo el Imperio, el Estado Mayor no entraba á menudo en fuego. Fuera de las carreras y paradas el pobre turco pasaba el tiempo en la plaza de Vendôme, en los patios del ministerio de la Guerra ó en medio de aquellos campamentos desordenados, llenos de toneles de agua ardiente, con la espita siempre abierta, de cajas de tocino de fundadas y de francachelas al aire, en las que aún se revelaba la gran carestía sufrida durante el sitio. Kadur era demasiado buen musulmán para tomar parte en aquellas orgías; quedábase á un lado, sobrio y tranquilo, haciendo sus ablucciones en un rincón y engullendo puñados de *kuskús*, de que se alimentaba; después tocaba algo en su *derbuka*, se envolvía en su albornoz y se acostaba en el suelo junto á la llama de cualquier vivac.

Una mañana del mes de mayo, el turco fué despertado por el ruido de terribles descargas de fusilería.

El ministerio estaba revuelto; todos corrían y escapaban acá y allá. Maquinamente hizo el turco como los demás; saltó sobre su caballo y siguió al Estado Mayor. Por todas partes resonaban estrepitosamente las cornetas, y las calles estaban llenas de batallones que desfilaron á la desbandada. Se levantaba el empedrado y se hacían barricadas. Evidentemente, su oedía algo extraordinario... A medida que se avanzaba hacia el Sena, la fusilería se oía más distintamente, y el tumulto aumentaba. En el puente de la Concordia perdió Kadur de vista al Estado Mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo; era para un individuo que adornaba su *kepis* con ocho galones de plata, y que tenía mucha prisa por llegar al palacio municipal á ver lo que allí sucedía.

Enfioso el turco, echó á correr hacia el lado de la batalla, y mientras corría cargaba su *chasepot*, diciendo entre dientes: *Macase bono brissien*... pues para él eran los prusianos los que en-

traban en París. Las balas silbaban ya alrededor del Obelisco y por entre los árboles de las Tullerías. En la barricada de la calle de Bivoli algunos vengadores de la mu rto de Fionrens lo llamaron: «¡Eh, turco, turco!» Aquellos no eran más que una docena; pero Kadur solo valía por un ejército entero.

En pie sobre la barricada, fiero y enteramente al descubierto, como una bandera, se batía bajo una lluvia de metralla. Hubo un momento en que la nube de humo que se elevaba de la tierra se disipó entre dos cañonazos, dejando ver hacia los Campos Eliseos los pantalones encarnados de los soldados franceses. A poco todo volvió á confundirse. Kadur creyó haberse engañado y siguió disparando con encarnizamiento.

De repente la barricada emudeció. El último artillero había huido después de disparar el último bote de metralla, pero el turco no se movió de allí. Emboscado, pronto á saltar fuera, arma sólidamente su bayoneta, y casi alcanzaba ya los *kepis* con la punta... ¡Eran las tropas que llegaban!

Entre el sordo rumor del paso de carga, se oía á los oficiales que gritaban:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, después se lanzó de la barricada con el fusil en alto.

—¡Bono, bono, francosel...

Con asombro, con su imaginación de salvaje y con la candidez del que ignora los acontecimientos, se figuró que aquel era el ejército libertador, el ejército de Chanzy, que los habitantes de París tanto tiempo esperaban. ¡Qué feliz era y cómo les sonreía enseñando sus blancos dientes! En un abrir y cerrar de ojos fué invadida la barricada. Todos le rodearon.

—¡Enseña tu fusil!

Su fusil estaba aún caliente.

—¡Enseña tus manos!

Sus manos estaban ennegrecidas por la pólvora, y el turco las enseñaba orgullosamente, siempre con su placida sonrisa.

Rátonces lo empujaron contra un muro, y ¡pim! ¡pam!

Murió sin haber comprendido nada.

ALFONSO DAUDET.

Gaceta

CANTABRES.—

Si la luna no menguara,
Te comparara con ella,
Pero te compararé
Con el sol y las estrellas.

A la vuelta de una esquina
te vi por primera vez,
Y desde entonces te veo
Aunque no te quiera ver.

Asómate á esa ventana
Si te quieres asomar;
Si no quieres, no te asomes,
Que á mí lo mismo me dá.

«El Novator»

SASTRERIA Y CAMISERIA

J. A. MASEGOSA

Obispo, 21
2701

CHOCOLATE.

POR ARROBAS.

Clase número 2.....	4 \$21
Clase especial.....	4 \$24
Clase número 3.....	4 \$24
Clase número 4.....	4 \$29
Clase número 5.....	4 \$111
Clase número 6.....	4 \$14
Clase número 8.....	4 \$14
Cacao puro número 5.....	4 \$35

CON VISTAS DE LA EXPOSICION DE CHICAGO.

POR LATAS.

Latas con 12 paquetes, n.º 2, á \$2 04	
Latas con 12 paquetes, n.º 3, á \$2 10	
Latas con 12 paquetes, n.º 4, á \$2 60	
Latas con 12 paquetes, n.º 5, á \$4 80	
Latas con 12 paquetes, n.º 6, á \$5 10	
Latas con 12 paquetes, n.º 8, á \$7 20	
MODELO DE GALICIA, 14 paquetes, á \$2 38	
A LA ESPAÑOLA, 12 paquetes, á \$3 00.	

ENRIQUE NOVO. ESPAÑA Y CUBA.

Réplica á juicios de Curros Enríquez sobre un libro de Mon oro.

Con un prólogo de don Antonio Corzo y una carta de Varón Murias.

Véndese en las principales librerías á 3 pesetas el ejemplar. Se obtiene una rebaja considerable en los pedidos que pasen de 10 ejemplares, dirigiéndose al autor, Teniente-Rey 38.—Apar-tado, 706.—Teléfono 66.

Reija Medoc
F. Ugalde,
Cosechero

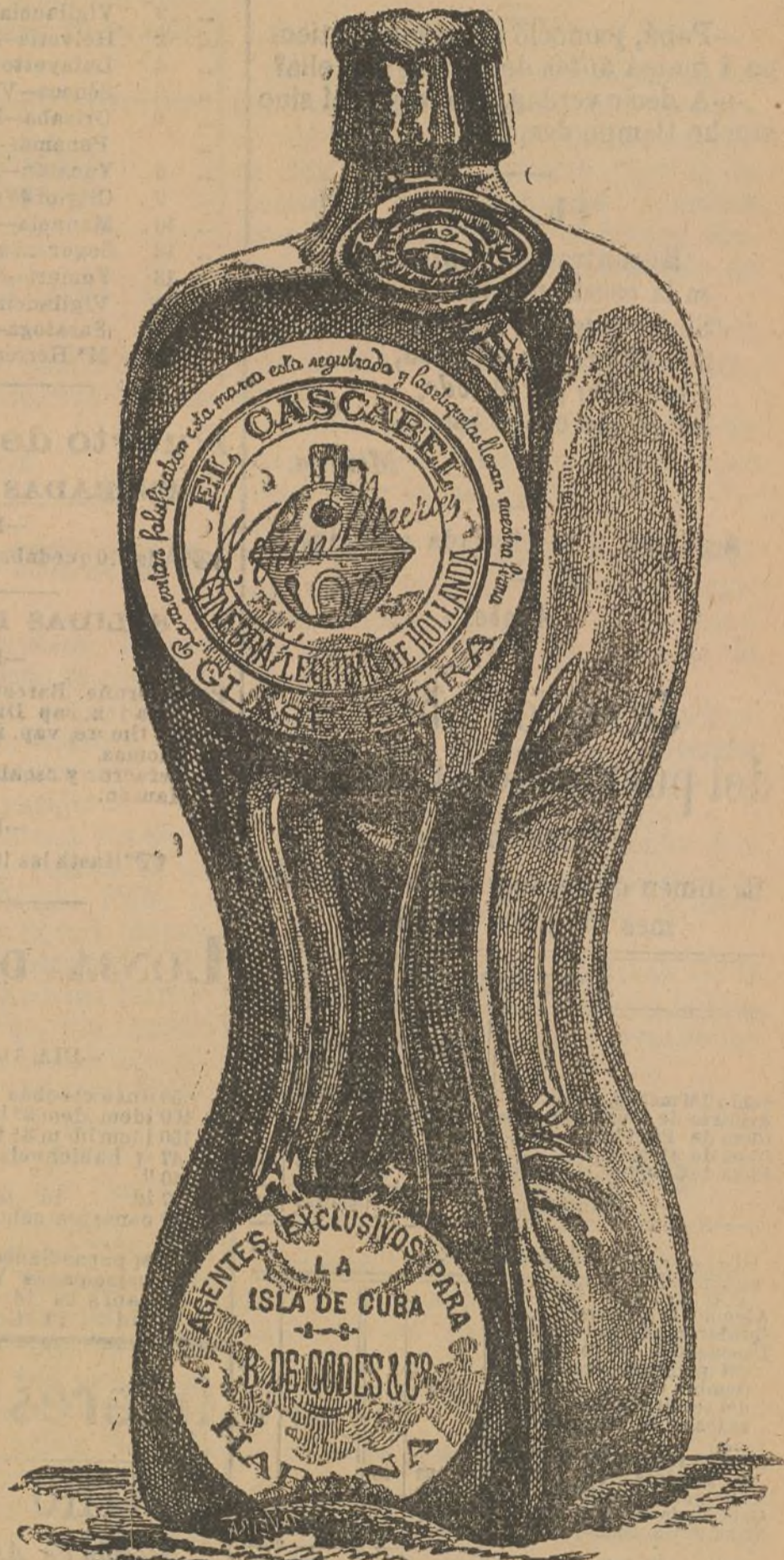


BILBAO-HARO

Agente para la Isla de Cuba. R. Trascastro, Baratillo, 1.

ESTA GINEBRA LEGITIMA DE HOLANDA y que procede de la mejor destilería de aquel país, es preferida á las demás por su superioridad. Por esto recomendamos á los consumidores pidan la legítima ginebra marca "EL CASABEEL".

Depósito: OFICIOS, 5.



DESCUENTOS ESPECIALES TOMANDO CANTIDAD
Precios en oro.—Ventas en la Lonja y en su domicilio

MURALLA, NUMERO 46,

VILLAR, FERNANDEZ Y COMPAÑIA

No hay chocolate que compita con el de Mestre y Martinica.

2719

